

Emílio Vilaró



Óro



Óro

La importancia de una pipa de fumar para otros planetas

Siempre me gustó el Señor Mína —Apellido muy acorde con su profesión—. Una vez lo tuve como profesor en un curso sobre «La historia de los recursos minerales en la Tierra». Esta charla, pronto derivó más en historias sobre «sus» minerales, que en un estudio serio sobre minería o economía. Pero lo pasábamos bien.

Como nunca más lo volvieron a invitar a dar clases o cursos en nuestra universidad, se dedicó a charlar sobre lo que más sabía. Los metales, en especial sobre el oro y sus aventuras personales.

Háce años, él había tenido una cierta notoriedad, por su vida aventurera en relación con ese noble metal. Había sido buscador de oro con cierto éxito, luego como traficante de este mineral, que lo llevó a la cárcel y a la ruina. Más tarde como conferenciante sobre este tema.

Únos dicen, que algunos autores de novelas de aventura, se basan en él, como protagonista aventurero y otros dicen que él, imita a esos personajes escritos. Su pipa, que tanto sabía fumar (alargando su vida sin que se apagara durante toda la charla), le daba un aire interesante que siempre intentaba maximizar.

Le seguí en algunas de sus charlas, bastante amenas por cierto, en donde, además de dar algunos datos técnicos, añadía historias verídicas, más sus propias aventuras.

Casi siempre, al inicio de sus charlas, explicaba, previa pregunta a los asistentes, si tenían idea de la cantidad de oro que se había extraído desde los inicios de la humanidad.

Si sumamos los barcos traídos por los españoles, lo capturado por los piratas (habría que restarlo a lo anterior), los tesoros de las minas del rey Salomón

(verídico o no), oro persa, griego, romano, el de California y Sudáfrica. Bueno, multiplicado por la cantidad de asistentes, el total no bajaba de llenar una gran ciudad.

Con una sonrisa y unos cuantos números, demostraba, ante la incrédula concurrencia, que no era para tanto. Todo el oro extraído desde siempre en el mundo, podía caber sin problemas en una gran nave industrial.

La discusión sobre este punto daba para tanto, que ya ocupaba la mitad de la charla.

El final de la conferencia, siempre la remataba, diciendo que había dejado de buscar oro. Lo que ahora quería, era cobrar en billetes, y recomendaba, para tener muchos de ellos, algo tan simple como: el ahorro.

Preguntaba, una vez más, a la amable concurrencia, ¿cuánto creían, que se tendría ahora, si se hubiese depositado hace dos mil años, a un interés razonable, el equivalente en ese tiempo de un Euro?

Al contrario de las respuestas anteriores, las sumas dadas, rondaban los cientos o hasta de miles de

Éuros. Algúno, muy atrevído, asegurába que sería suficiénte pára vivír sin tenér que trabajár en tóda la vída.

Él explicába, 2000 años dividído por 10, es 200. Díez, asegurába, son los años que se tárda en duplicár úna cantidad bién invertída. Si no lógras duplicár ése dinéro en díez años, dedícate a ótra cósa.

Siémpre simplificába las cifras, y las hacía terminár en céro, pára que tódo quedáse más cláro.

Por tánto, la cantidad originál, se habría duplicádo más o ménos únas doscientas véces, dependiéndo del interés o beneficios.

Si ya, como con lo del juégo del ajedréz, al duplicár un gráno de trígu 64 véces (los cuádro del tabléro), se necesitaría la producción mundiál de ése gráno. Si queremos duplicárló hásta 100 véces, nos encontrámos que no se ha producído tánto trígu en la história. Así pués, 200 véces en el cáso de la monéda, representaría, el valór de várias Lúnas de óro sólido.

Totál, el que quiéra múcho óro, que ahórre.

Úna vez lo vi abandonár su chárta y la sála,
dejándo sólos a los preséntes haciéndo éstos
cálculos y enzarzádos en treménda discusiónes.

Gran típo el Señor Mína

* * *

El encuentro

Por ésto, cuando ocurrió lo más sorprendénte que háya pasádo en mi vída, pensé al instánte en él. Además, dió la casualidád que hacía únos días, había leído que íba a dar únas chárlas sóbre el óro, en el Muséo de Geología de la capitál.

Me presenté cuando ya había terminádo su exposició, (ya que yo, sus explicaciónes las tenía archisabídas). El último de los que se quedáron a preguntárle álgo, o a hablár con él, se estába yéndo.

Désde el fónido del auditório, el encargádo le indicó que se diése prísia, que íba a apagár las lúces de la sála.

—Señór Mína, no se acordará usted de mí, fui alúmno súyo en algúnas de sus cláses en la Universidad.

Me miró sin afirmár o negár náda.

Sé, que ya no se interésa por la aventúra del óro, aun así, ésto puéde despertár su curiosidád.

Púse sobre la mésa dos cajítas de plástico. Su fórma redón-da, ya indicába el contenido.

—Me dedíco a los billétes, díjo sin mirár las cajítas. Méno pesádos y más fáci-les de transportár, sobre tódo si los tiénes en el bánc-o.

¿Cómo se lláma usted?

—Mis amígos me lláman Al, (Albért-o), Arizménd-i.

—En éste mométo no puédo atendér-le. He quedádo con úno-s amígos. Si me déja lo que ha traído, lo miraré. Podémos vérnos mañána a la mí-sma hóra, al acabár la segúnda párt-e de la chár-la.

—Púés, hásta mañána profesór.

* * *

—¡Señór Mína!, esperába su llamáda. No ha tardádo múcho en localizár-me y sin esperár a mañána.

—Ésto ha sído un gólpe bájo, —díjo.

Las dos monedas que me dió, son sorprendentes. No podrían ser falsas, los dibujos son muy originales, un buen diseñador no los podría haber hecho mejor.

La moneda de color oro, pesa menos de un gramo y la de color plata, pesa el doble que una equivalente de oro. Estos materiales no existen en la Tierra. Además, son durísimos, no he podido rayarlos, ni atacarlos con ningún ácido... son las monedas perfectas. Si bien no entiendo la razón por la cual, teniendo el mismo tamaño, sea necesario que una pese cien veces más que la otra.

Los dibujos, emblemas o caracteres, son de una elegancia suprema.

¿De dónde las ha sacado usted?

¿Por qué, algo de tanto valor me lo ha dado?

¿Tiene más?

—Todo a su tiempo. —Exclamé.

¿Le gusta a usted el chocolate con churros? —Le pregunté.

—Me gusta el chocolate... contestó un poco perplejo.

—Perfecto, yo me comeré su ración de churros, no hay que desaprovechar nada. Le espero pasado mañana a las siete en la churrería que hay debajo de su casa, y no haga planes.

* * *

No hablamos en todo el trayecto. Él comprendía, que era mi momento de esplendor y quería dejar que yo lo presentara a mi gusto. Durmió un rato, hasta que despertó cuando salíamos de la autopista en dirección a mi pueblo, Tortosa.

* * *

—Estaba en casa, —así comencé mi larga explicación—, la que usted ve desde aquí. Sentí un fuerte ruido, no alarmante, eso sí, pero muy diferente a cualquier sonido que haya escuchado en la vida. Primero fue como un silbido, luego el impacto.

Dió la casualidad que en ese momento estaba mirando por la ventana y pude ver un resplandor. Pensé que, había sido la luz de los faros de un coche, o una moto que había caído desde la

carretera de más arriba. Cogí una linterna y me acerqué por si tenía que ofrecer o pedir ayuda.

Hice lo que ahora estamos haciendo nosotros, si bien de noche.

El profesor, sin ocultar su interés, no preguntaba nada. Créo que se estaba reservando.

No vi nada, la oscuridad era tremenda y lo que había causado el resplandor no era visible, además, era noche cerrada y sin luna.

Al darme por rendido, y hacer el gesto de irme a casa, noté una vibración, como si algo intentase ponerse en movimiento. Entonces lo vi, era grande, hubiese dicho que parecía un enorme gusano de luz. Me acostumbré a esa iluminación tenue y sin usar mi linterna pude ver que era como un meteorito ovalado, medio enterrado. Debía medir unos cinco metros en su extremo más largo. Poco a poco, una parte de él, se estaba haciendo transparente.

No debía diferenciarse mucho, del típico meteorito de hierro o níquel, pero era más grande.

Interrumpí mi explicación al llegar al sitio deseado. El Señor Mína me ayudó a retirár las rámas que yo había puésto pára cubrir el meteóro. Seguí con el reláto.

Me acerqué a la pártre trasparénte. Diría que sería el equivalénte a la cabina de mándo de un vehículo espaciál. Vi úna inménsa cantidad de monédas en su interiór, de dos colóres y de igual tamaño. ¡Qué pérfidos!, de óro y pláta.

Estába cláro, éra úna invitación abiérta a tomárlas. ¿Éra el cuérpo espaciál úna trámpa, las monédas el cébo?, y yo, incáuto de mí, ¿la présa?

Mi percepción de pelígro éra enórme, si bién, la curiosidád éra mayor. Núnca tendría ótra oportunidad así. Sómos tan póca cósa en éste múnndo, úna ocasión como ésta yo no la podía desaprovechár. Mañana, tal vez álguien vénga, o hásta puéde que ya lo estén buscándo y éste sucésó, lo habré dejádo pasár por delante de mis naríces. La mejór oportunidad en mi vída de hacérme famóso y la déjo escapár.

Traté de localizár algúna abertúra, agujéro o manéra de abrir el meteoríto. ¡Qué emocionánte!, péro no había náda. Retiré con las mános, pára

dejárlo más destapádo, algo de la tierra y hójás que lo cubrían, y ver si por ahí, había una entráda. No la había.

Las monédas sólo ocupában el sector fosforescente del meteorito. No púde resistír más, toqué ésa superficie transparente e ilumináda. Se abrió. Bueno, en realidad no se abrió náda, se hizo como un agujéro, como si lo que estába encima de las monédas se hubiése disuélto, como si nunca hubiése estado tapádo.

No me atreví a ponér las mános dentro. Cogí un par de ramítas, y extráje una monéda. La doráda priméro. ¡Qué desilusión! No pesába náda, como si fuése de aluminio o fálssa. ¡Lo que me faltába! Monédas falsificádas del espácio exterior.

El Señor Mína, escuchába. Seguía mi aclaración aténtamente sin preguntár náda.

Continué.

Aun así éra una monéda... sin lugar a dudas. Con bellísimos garabátos. A plena luz del día se verían mejór. Éstos símbolos no me decían náda, si bién, éran muy elegántes. Por el cánto había más caractéres, ordenádos y contínuos.

Cogí una moneda de plata. ¡Qué peso!, mucho más que si hubiese sido de oro. Los «escritos», casi iguales a la de color de oro.

La «puerta» se cerró. Volví a tocarla y se reabrió.

No pude resistirme. Cuando me dan algo, lo tengo que tomar. Estaba claro, era un ofrecimiento, esto no era un cofre escondido, sepultado y sellado. Aquí decían: tómame.

Puse las manos y retiré... unas cuatrocientas piezas en total.

Al quedar vacío el espacio de las monedas, vi que en el fondo había tres barras como de metal, estaban cruzadas. Justo debajo de las tres barras y sobre el suelo del recinto, un pequeño montículo.

Las paredes estaban cubiertas de caracteres o símbolos similares a los de las monedas. No había duda, era un mensaje, pero yo, no lo podía entender.

Entre tanto «texto», sólo había un dibujo. El de las tres barras. Querían decir o pedir algo, sin

embárgo, no habían usádo un buén sistéma pára explicáerlo. Al ménos pára mí.

Al principio pensé, las tres bárras serían pára que las monédas no se moviésen, sin embárgo no tenía múcho sentido.

Tapé el meteoríto con rámas. Quedó bastánte bién escondído. Como nádie pása por ése ládo de la propiedád, estába segúro, nádie lo encontraría. Y víne a buscáerlo a usted.

* * *

Por ésto le he invitádo a venír Señor Mína. No sé, ¿qué es éste objéto? Me da la impresión que píden algo a cámbio de las monédas, si bién no he lográdo entendérlo, ni créo que lo podámos descifrár.

—¿Tiéne fuégo? —díjo, suspirándo.

—¡Diós mío! ¡Lo más interesánte que ha ocurridó a ésta humanidád, y usted quiére ponérse a fumár su famosa pípa!

Le doy mi encendedór, lo recháza. Búsca en su chaquéta ésas ceríllas lárgas de madéra, elegánte e ideáles pára encendér la pípa que él siémpre úsa.

Púso la máno sóbre el meteoríto y cuando se abrió, encendió la cerílla, la acercó a la báse de las tres bárras, jústo encíma del pequéño montícúlo.

El púnto se púso incandescénte y los tres «pálos» comenzáron a ardér.

El agujéro se cerró. A pesár de la fálda de oxígeno, el fuégo seguía ardiéndo, y representába sin dúda, úna fogáta...

—¡Si lo hubiésen pintádo así, con llámas!, —le díje, lo hubiése entendído al instánte.

El Señor Mína volvió a abrír el agujéro. Con un gésto solémne, púso al ládo del fuégo su pípa, bién cargáda de tabáco (péro sin encendér), el résto del tabáco que le quedába, úna monéda de un éuro, y luégo pensándolo múcho, séis ceríllas lo más apartádas del fuégo que púdo. Supúse que ésto sería lo más importánte que él podía aportár a ésos séres en éste mométo.

El meteoríto se cerró, ahóra sí con un ruído más fuérte. Intenté abrírlo úna vez más pasándo la máno por encíma, péro no se abrió.

Comenzámos a notár que tódo él se comenzába a cristalizár, haciéndose trasparénte. Al cábo de un ráto, a pesár de que la «puérta» estába cerráda, la lláma seguía encendída.

Ahóra la trasparéncia éra totál, «la náve» parecía que quisiéra sacudírse, y vibrába. La póca tiérra que cubría su páрте superiór cayó, dejándola despejáda.

Nos retirámos un póco, algo importánte íba a ocurrír.

El Señor Mína púso su brázo sóbre mi hombro, buscó su pípa en el bolsílllo con un gésto automático, sonrió al ver que por el mométo ya no podría fumár.

La náve se levantó, se púso a la altúra de nuéstros ójos, cómo si nos miráse y grabáse duránte únos segúndos.

Tódo el meteoríto volvió a solidificárse, dejándo sólo la lláma visíble como si fuése la sála de mándos de úna astronáve.

Se elevó con suavidad, luégo más rápido y al fin desapareció.

—Albéрто. Amígo mío, —díjo con voz solémne. El probléma de los planétas que píerden el fuégo, es cáda vez más frecuénte y acuciánte... Le miré alucinándo. No súpé qué decír, cási me póngo a reír.

—Señór Mína, compréndo lo de ponér las ceríllas, por si se les vuélve a apagár el fuégo en su planéta. Lo de la monéda, no compénsa el regalo tan espléndido que éllos nos han hécho, péro es un detálle simpático por páрте de usted.. Si bién, lo que no entiéndo es lo de su pípa y el tabáco.

—Quisiéra saber, ¿a dónde se diríge?, —díjo el Señór Mína.

—Buéno, sonreí. Tomé algúnas fótos de la náve, de los téxtos, y de las monédas. La cámara de seguridád de la fínca ha gravádo el mométo del descénso. ¿Crée que nos podrá dar algúna idéa?

—Al, éstas preguntás sólo las podrán resolvér éllos, necesitámos que vuélvan.

Con las ceríllas, podrán encendér la pípa. Si tiénen suficiénte tabáco y sáben fumar, la podrán

mantenér algún tiempo encendída. No te preocupés, cuando acáben con el tabáco que les he puésto, créo que volverán a por más, y entónces, como ya nos conócen... les preguntarémos. Sólo tenemos que esperar.

Miré aténtamente al Sr. Mína, ¿tenía él, acciones en ésa tabacaléra?, quizás, hásta esperába negociár con los extraterrestres

* * *

FIN

Por Emílio Vilaró

Éste documénto está disponible en formato .PDF, .ePUB y .MOBI en nuéstra página Web:

Mi blog literário.

<https://cosasdeemilio.wordpress.com>

Más de ciénto cincuenta cuéntos, relátos, ensáyos, recéatas y novélas en:

www.evifoto.eu

Comentários a:

buzon@evilfoto.eu



<https://www.facebook.com/emilio.vilarolucia>

Nóta del Autor:

—Ésta obra está tildáda, o sea: las palabras llévan la tílde (´), en el sitio donde está el acénto.

Después de miles de lectúras de obras así escritas y leídas, podemos asegurár, que su lectúra es la normál, y al leér así, no hay ninguna diferéncia de pronunciaci3n a la habituál.

Si deséa sabér los motivos, ¿cómo se puéde tildár de fórma automática? Qué ventájas e inconveniéntes tiéne éste tildádo, puéde leér éste documénto:

http://www.evilfoto.eu/pagina_cuentos/cuentos_21.htm

Modificaci3nes a 1096w:

22-07-2011, 2013-09-13, 2013-11-28,
2013-12-03, 2014-01-18, 2014-01-22,
2014-05-22, 2014-06-24, 2014-06-29,
2014-08-12, 2015-10-18, 2017-06-28,
2018-02-28, 2019-08-29, 2020-10-27,

**2020-10-28, 2020-10-29, 2021-07-06,
2021-07-07, 2021-11-19, 2021-11-20,
2021-12-06, 2021-12-08, 2021-12-09,**